

# J. L. Domínguez: Ritorna vincitor

Hace justos diez años, en abril de 2016, este columnista escribió un comentario titulado “Domínguez en la hora final”, aludiendo al término del trabajo de este director chileno con orquestas locales. Esta acción se debió a su decisión de radicarse en los EEUU.

Habiendo pasado una década de ausencia en nuestra comarca, José Luis Domínguez regresó en carácter de invitado al podio de la Orquesta Sinfónica Nacional, con un desempeño triunfal, al que le calzan muy bien las palabras operáticas “Ritorna vincitor”.

El programa ofrecido fue extremadamente diverso, siendo lo más convencional la Sinfonía N° 3 de Brahms, en cuya versión la batuta se mostró por entero maestra, tanto como en aquella memorable despedida que trajo obras sinfónicas de R. Strauss, Dvorak y Elgar en magníficas interpretaciones. En este Brahms servido con vajilla de oro sin duda lo que más destacó fue el tan logrado tratamiento melódico del tercer movimiento, inundado de amables arcos, y aquellos momentos majestuosos e impetuosos de la sección terminal, que pese a alejarse hacia la nada en el final de la sinfonía, motivaron una prolongada ovación.



Pero la jornada tuvo impactantes sorpresas. Por una parte, se comenzó con el estreno de “The Temple” (2021) del propio Domínguez, obra dedicada a la orquesta de la universidad de Filadelfia que hoy es su base de operacio-



nes. Muy en el estilo de composiciones suyas conocidas en Chile, aquí la creatividad sonora vuelve a desplegarse con innegables cercanías a la música incidental, incluso cinematográfica, en un desarrollo muy tonal y cautivante.

Lo central fue de una innovación total, pues ofreció el Concierto para percusión y orquesta “El mensajero” (2001) de James Oliverio, superando en instrumentación a piezas algo similares conocidas recientemente. Si ya se habían visto y escuchado en tiempos cercanos conciertos algo similares, uno con dos sets de timbales y otro con batería, esta vez las baquetas del solista recibieron sutilezas y fuertes embes- tidas de más de una treintena de instrumentos imposibles de detallar.

Fue una coronación artística de Gerardo Salazar, percusionista de la Sinfónica, que quedó como verdadera superestrella, desplazándose por un escenario plagado de artefactos a todo su ancho. La obra posee momentos de contagioso ritmo, casi bailables, pero también cruza a lo calmado, como lo es su final con la orquesta cada vez más mínima y una campana que va perdiéndose hacia el fondo de la sala. Al lucimiento de Salazar debe agregarse el triunfo pleno de Domínguez en todo el programa, sobre todo en este concierto plagado de complejidades en lo métrico y los necesarios equilibrios sonoros. Gran pregunta: ¿seguirá viniendo a Chile tan vencedor?